# MIGUEL HERNÁNDEZ Y EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL DE 1939

Por
MANUEL AZNAR SOLER
(EXEL-CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona)

para Cecilio Alonso

La muerte de Miguel Hernández fue valorada por el exilio republicano como la muerte de un poeta que, como Federico García Lorca o Antonio Machado, se convirtió inmediatamente en símbolo antifranquista. Porque, en efecto, si el asesinato de García Lorca el 19 de agosto de 1936 había constituido la imagen más negra de la barbarie fascista durante la Guerra Civil, y si Antonio Machado había fallecido el 22 de febrero de 1939 en su exilio francés de Collioure, enfermo de amargura y de derrota, la muerte de Miguel Hernández el 28 de marzo de 1942 representó la muerte de un poeta leal a los valores éticos y políticos por los cuales medio millón de republicanos españoles, para escapar a la cárcel o el fusilamiento, habían tenido que exiliarse. Así, García Lorca, Machado y Hernández, tres poetas mártires, iban a constituirse en tres símbolos luminosos de la memoria tricolor, en tres santos laicos de la religión republicana.

La personalidad literaria de Miguel Hernández ha merecido lógicamente la atención crítica y el homenaje poético de buena parte de nuestros mejores escritores en el exilio. Citemos, por ejemplo, a Clemente Airó, Rafael Alberti, Alberto Sánchez, Manuel Altolaguirre, Antonio Aparicio, Max Aub, Agustí Bartra, Carlos Blanco Aguinaga, José Pascual Buxó, Luis Capdevila, Luis Cernuda, Juan Chabás, Manuel Durán, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Jacinto-Luis Guereña, José Herrera Petere, Ángel Lázaro, María Teresa León, Vicente Llorens, Jorge Luzuriaga, Félix Montiel, Eduardo de Ontañón, Antonio Otero Seco, Pascual Pla y Beltrán, Jesús Poveda, Julián-Antonio Ramírez, Juan Rejano, José Rubia Barcia, Antonio Sánchez Barbudo, Adolfo Sánchez Vázquez, Arturo Serrano Plaja, Guillermo de Torre, Manuel Valldeperes, Ramón Xirau y María Zambrano. Con motivo de su muerte, obviamente silenciada por la prensa franquista, el exilio republicano español organizó homenajes a su memoria en la mayoría de países de acogida, por ejemplo en México, Cuba (La Habana), República Dominicana (Santo Domingo, entonces Ciudad Trujillo) y la antigua Unión Soviética (Moscú). Y algunos poetas exiliados escribieron poemas en homenaje a Miguel Hernández, entre otros Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Francisco Giner de los Ríos, Jacinto-Luis Guereña, Jorge Guillén, José Herrera Petere, Antonio Otero Seco, Juan Rejano y Lorenzo Varela.

Voy a estructurar esta ponencia, por lo tanto, en cuatro actos: en el primero trataré de reconstruir e interpretar el impacto emocional y político que la noticia de la muerte en 1942 de Miguel Hernández tuvo en nuestro exilio republicano; en el segundo me referiré a los homenajes que se realizaron a su memoria en los años 1942 (México) y 1943 (La Habana y Santo Domingo); en el tercero comentaré algunos de los poemas dedicados a Miguel Hernández por nuestros poetas exiliados; y, finalmente, en el cuarto documentaré algunos de los estrenos y representaciones teatrales en el exilio de algunas de las obras dramáticas de Miguel Hernández[1].

Pero aclaremos muy brevemente una cuestión previa: en 1939 Miguel Hernández, poeta comunista[2] y vencido republicano, quiso ser, de una manera tan patética como dramáticamente singular, un exiliado más y no el insiliado que finalmente fue. Y hablo de «insiliado» porque el «insilio» –ex, fuera; in, dentro– es el espacio ocupado por los vencidos republicanos que en 1939 no pudieron finalmente exiliarse, un concepto este de «insilio» que me parece mucho más riguroso que el confuso y oximorónico de «exilio interior»[3]. Pero lo cierto es que Miguel Hernández no fue uno de esos aproximadamente medio millón de republicanos españoles vencidos que atravesaron en febrero de 1939 la frontera francesa como exiliados; ni tampoco uno de aquellos republicanos que en marzo de 1939, en el puerto de Alicante, quiso y no pudo embarcarse en el buque Stanbrook; ni tampoco conoció el maxaubiano *Campo de los Almendros,* ni el campo de Albatera, por citar lugares tan próximos a las tres sedes (Orihuela, Elche y Alicante) de nuestro Congreso Internacional. Pero recordemos que Miguel Hernández sí atravesó la frontera portuguesa, sin duda una frontera equivocada, y lo cierto es que el 3 de mayo de 1939 fue entregado por la policía del dictador Oliveira Salazar a la policía franquista del pueblo onubense de Rosal de la Frontera, donde fue detenido e interrogado al día siguiente, 4 de mayo, inicio de lo que iba a constituir una geografía carcelaria que lo condujo a la muerte[4]. Pero no olvidemos que antes había tenido la posibilidad de refugiarse en la Embajada de Chile en Madrid[5] y que, tras su liberación provisional el 15 de septiembre de 1939 de la cárcel de Torrijos, «no tardará en pagar caro su rechazo de refugio en la Embajada de Chile». Una actitud tanto más contradictoria cuanto que Miguel Hernández había escrito el 26 de junio de aquel mismo año1939 desde la cárcel de Torrijos una angustiosa y apremiante carta a Pablo Neruda («Te necesito como nunca»), en donde le urgía a «conseguir mi salida de España y el arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible», es decir, a conseguir su exilio y el de toda su familia en Chile:

> Madrid en Prisión a 26–6–1939.
>
> Querido Pablo:
>
> Tal vez por Juvencio, y por el Embajador de tu país en Madrid donde me encuentro detenido varios meses, sabrás de mí y en qué situación estoy. Es de absoluta necesidad que hagas todo cuanto esté en tu mano por conseguir mi salida de España y el arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible. El señor Fijando, y nuestro amigo José María de Cossío, te pueden escribir con detalle sobre lo que me sucede, aunque ya te imaginarás bastante. Pon en movimiento todo tu interés y tu cariño por mí, que me hacen falta enormemente y rápidamente. Conmigo habrán de salir mi mujer y dos amigos nuestros. Preocúpate en seguida de esto. No olvides que nuestra situación es bien difícil. Sabré de ti por la Embajada, desde donde harán el favor de venir a comunicarme cuanto resuelvas.
> Me acuerdo como nunca de vosotros. Te necesito como nunca. Da un gran abrazo a Delia, y tú recibe el otro.
>
> Miguel Hernández[7]

En cualquier caso, Miguel Hernández no logró exiliarse y fue víctima de una geografía carcelaria franquista que lo condujo a la muerte el 28 de marzo de 1942 en la prisión del Reformatorio de Adultos de Alicante. Pero veintiún días antes, el sábado 7 de marzo de 1942, mientras Miguel Hernández agonizaba en esa cárcel, Arturo Serrano Plaja -redactor en julio de 1937 de la ponencia colectiva presentada en aquella Valencia, entonces capital de la República, por los escritores y artistas españoles en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura[8]– publicaba un ar-

tículo en *España Republicana* de Buenos Aires, escrito sin embargo en febrero, en donde, a propósito del odio a la inteligencia por parte del fascismo, afirmaba lo siguiente:

> La rabotada histérica, la complacencia salvaje en el rencor a la inteligencia se muestra de mil maneras. Y, en el fondo, el fusilamiento de García Lorca o la vergonzante compra de un Picasso en el París invadido, realizada por un militar alemán, no sólo no son hechos contradictorios, sino que son perfectamente consecuentes. Como asimismo lo son los asaltos a los Museos de Tolstoi o Puskin, en la Unión Soviética, y el mantenido encarcelamiento, en España, de Miguel Hernández, Ángel Gaos, Germán Bleiberg y Eduardo Vicente, por ejemplo. En los hechos primeros actúa el afán de borrar el testigo acusador; en los segundos, el de impedir que se produzca. Y en ambos, el gusto satánicamente impotente de mancillar y humillar aquello que por su sosa presencia insulta y humilla cuando no se tiene la grandeza de ser humildes y de saber admirar orgullosamente.
> En España, Miguel Hernández y Germán Bleiberg –poetas–, Ángel Gaos –escritor–, y Eduardo Vicente –pintor–, asumen, para su desgracia y nuestro orgullo, la representación de una España reincorporándose a sí misma; joven, y por eso dramática; inteligente, y por eso humilde.

Serrano Plaja había escrito el artículo en su exilio argentino de Buenos Aires un día indeterminado del mes de febrero de 1942 y evocaba a continuación sus sentimientos y emociones en dos febreros históricos recientes, tanto la esperanza de la victoria del Frente Popular en las elecciones democráticas de febrero de 1936 como la amargura de la derrota en la Guerra Civil y el paisaje desolador de los campos de concentración franceses en febrero de 1939:

> Yo sé que en España hay muchos más encarcelados y muchos más también que representan a la mejor España. ¿Cómo ignorarlo? Sin embargo, y por afán de concreción, quiero que hoy sea España el recuerdo de aquellos cuatro amigos. Y hasta tengo la sensación de que al recordarlos a ellos así, deliberadamente aislados, recuerdo mejor a los otros, a todos los otros, y sobre todo a los que no conozco, y que sin embargo viven ardiente y silenciosamente en mi memoria.
> Y en estos días con mayor motivo. Porque vivimos en febrero y porque febrero sirvió –si no fue– de punto de partida para la esperanza grande y punto de llegada a la profunda amargura. Fue un mes de febrero cuando por la noche nos abrazamos los amigos en la Granja del Henar, comentando el triunfo de las elecciones (¿«eso» nada más?) Y fue otro mes de febrero cuando los que habíamos ido quedando, los que habíamos podido cruzar la frontera, nos abrazamos en los tristes paisajes de los campos de concentración.
> Y entre esos dos febreros, en el recuerdo, queda la huella indeleble del paso de la guerra, con todas sus enseñanzas: desde la muerte a nuestro lado hasta la muerte de aquellas bibliotecas, de aquellos libros. Luego, ¿quién sabe? La guerra continúa. Y en el fondo de la memoria insiste el recuerdo de aquellos libros reclamando ojos, en tanto que en una trinchera del Pardo, aquel hombre de cuarenta años, en su puesto de combate, con el fusil empuñado y continuando el tiroteo lento de un día cualquiera, sigue escribiendo allí mismo –¿no estáis viendo el tintero que tiene al lado y el cuaderno de palotes sujeto entre sacos terreros?– palotes firmes con mano ágil para el campo; noble y llena de señorío para el fusil, para la muerte, y torpe para la pluma, que nunca había tenido entre sus dedos.
> No; claro. Para Franco no hay pueblo en España.

## Noticia de su muerte e impacto emocional y político (1942)

La noticia de la muerte de Miguel Hernández fue conocida con mucho retraso, con al menos medio año de retraso, por los escritores españoles exiliados. Acaso uno de los primeros, si no el primero que escribió con tal motivo fue el poeta Juan Rejano, también militante comunista, quien publicó el 27 de octubre de 1942 un artículo titulado «Miguel Hernández» en el periódico mexicano *El Nacional*:

MARTIROLOGIO DE POETAS ESPAÑOLES

MIGUEL HERNÁNDEZ

En España hay un martirologio de poetas, de grandes y auténticos poetas. (El dogma cuartelero, reforzado hoy por el de la Gestapo, ha sido siempre enemigo del espíritu). En los días de julio del 36, los señoritos granadinos asesinaron a Lorca. Machado murió al terminar la guerra, agotado, consumido por el dolor, en el destierro («...me encontraréis a bordo, ligero de equipaje/casi desnudo, como los hijos de la mar»). Por último, Miguel Hernández muere ahora en un presidio, enfermo, abandonado. Tres poetas españoles: tres espíritus representativos de otras tantas generaciones, que han pagado su tributo a la patria invadida, en horas decisivas y dolorosas. Machado pertenecía a la generación del nuevecientos, aunque tenía muchos puntos de contacto con los hombres del noventa y ocho; Lorca, a la del veintitantos, a la del renacimiento lírico español –Alberti, Garfias, Prados, Cernuda, Aleixandre, Altolaguirre–; Hernández a la última generación de poetas y escritores que, al comenzar la guerra, empezaban a gozar de prestigio. Parece como si la muerte, impelida por un viento de barbarie, hubiese ido deteniéndose en las espigas más altas y granadas, porque, de igual manera que Machado y Lorca respecto de sus generaciones, Miguel Hernández era tal vez, en la suya, el poeta joven en quien cabía cifrar mayores esperanzas. Su talento y su obra, ya considerable, no le han servido, sin embargo, para atenuar el castigo: lo han dejado morir lentamente, con una crueldad refinada, como corresponde a quienes llevan el yugo y las flechas en el corazón y han querido renovar el cristianismo a golpes de hacha.

Apenas pueden caber en la cabeza de un hombre normalmente político los métodos implacables del fascismo como sistema de dominación y, menos, de convicción («Venceréis, pero no convenceréis», dijo en su agonía el rector prisionero de Salamanca). Más bien han de parecerle lo contrario, es decir, destinados a levantar y concitar el odio y el desprecio hacia aquellos que los emplean. ¿Cómo, entonces, se ha de explicar el caso, si aceptamos de antemano que el fascismo, como toda expresión política que necesita verse traducida a hechos, busca por fuerza extender sus raíces en el mayor número posible de gentes? Es fácil dar con las razones. Se encuentran, como se han encontrado siempre, en el choque de estos dos conceptos: libertad y esclavitud. La ausencia de una doctrina crea el ejercicio inmoderado, ilimitado, de la fuerza. Donde no hay un poder suasorio, se establece uno predatorio. Y los valores humanos se despeñan bajo un alud de arbitrariedad. El fascismo, huérfano de doctrina, mera tenaza de opresión manejada por un sistema social en ruinas, se alimenta de sus propios asaltos a la dignidad del hombre, amontona a sus pies cadáveres y cadenas, como alguien que quisiera crecer desmesuradamente inyectándose en las plantas sangre ajena.

Al cabo de tres años de dominación –de dominación nazi, que no franquista– el régimen de las camisas azules sigue perpetrando crímenes, como el primer día de su

aparición en la escena de la felonía. Ni un solo momento han dejado de rechinar los cerrojos de los calabozos, ni han callado los fusiles de los pelotones de ejecución. ¡Y todavía hay quien quiere esperar cruzado de brazos que le devuelvan la República perdida, y quien rechaza las ofertas de unidad de los republicanos para abatir ese castillo desolado, por cuyos huecos sólo fluye sangre y tristeza! La sangre de incontables patriotas españoles bárbaramente sacrificados debiera haber borrado ya la sombra de los antagonismos, de las incomprensiones. La vida de Miguel Hernández, la vida de un inocente a quien se va extenuando poco a poco entre los negros muros de una prisión, habría de ser, de ahora en adelante, el símbolo de un pueblo que, encadenado, hambriento, hace perdurable su lucha contra la opresión extranjera y nacional, y espera de nosotros el aliento ejemplar. La inequívoca prueba de una fe que, si las condiciones más duras y amargas no pudieron debilitar, manos lo podrán los pequeños incidentes personales, las historias ennegrecidas de tal o cual señor, las rencillas o las ambiciones que son gotas de agua en medio del mar.

Miguel Hernández, poeta de legítima voz, era un hijo entrañable del pueblo de España. De origen campesino, fue pastor de rebaños hasta los años mozos en su natal Orihuela, la levítica y luminosa ciudad levantina. Apareció en Madrid por el año 31 o 32, con unas abarcas y unos pantalones de pana que conservaban la rusticidad y el candor de los días pastoriles, y el corazón cargado de los acentos de Garcilaso, de Lope, de Góngora, de Calderón, de los grandes líricos españoles. La gloria primera se le dio fácilmente, porque en Miguel Hernández la poesía brotaba por modo milagroso, fluía de manantial sereno, que dijera de la suya el otro gran poeta desaparecido. Publicó su primer libro, *Perito en lunas*; y su segundo, *El rayo que no cesa*. Desde ese momento, Miguel Hernández entró en la consideración de los más exigentes, intentó más tarde la aventura teatral, y escribió un auto sacramental; después, *El labrador de más aire*, comedia en verso a la manera clásica. Y llegó la guerra. Miguel Hernández cumplió su misión de poeta y de patriota: puso su pluma y su vida al servicio de la República. En los días más aciagos de la lucha, apareció su libro *Viento del pueblo*, que fue un estímulo, un grito de aliento para los hombres que derramaban su sangre. Poesía honda y popular en el sentido más íntimo y virginal del vocablo: poesía apegada al dolor, mantenida por un sentimiento eterno que se vierte al exterior en amargas frondosidades como un árbol salvaje. Quizá *Viento del pueblo* es el libro más desigual de Miguel Hernández, donde acaso se adviertan más altibajos, pero también es el más generoso, el de más arranque y autenticidad poética: por sus poemas cruza una voz angustiada y entera, a veces bronca, a veces tierna y conmovida, como el fragor heroico de aquella juventud que entregaba los brotes primaverales de su esperanza a la defensa de la tierra amada.

El final de la guerra fue el final de la libertad de Miguel Hernández. Con la ocupación total del territorio español por las tropas extranjeras, el poeta fue aprehendido y condenado a muerte. Se le perdonó la vida a cambio de otra pena afrentosa: la de reclusión perpetua. Rodó entonces de presidio en presidio. Encerrado estuvo en alguno, como el de Ocaña, adonde sólo se alberga la más negra delincuencia vulgar. En otra, contrajo una grave enfermedad y fueron inútiles las gestiones de algunos amigos –no precisamente españoles ni franquistas– para que se le permitiese trasladarse a un sanatorio. Por fin, en la cárcel de Alicante, su provincia de origen, ha muerto tras un rápido proceso tuberculoso. Su muerte se ha producido en las peores condiciones, dentro de unos límites de dramaticidad [sic] profundamente angustiosos. Pero tenemos la seguridad de que ha muerto con el corazón y el ánimo enteros. Como un español de una pieza. Miguel Hernández –no lo dudamos- ha sabido ser, hasta su última hora, fiel a los destinos y a la verdad de su pueblo, fiel a su condición intransferible de poeta.

> Ni una sola gestión para salvarlo ha brotado de entre sus compañeros de letras en España. ¿Qué se hicieron los Vivancos, los Rosales, los Paneros, tantos poetas y poetitas de su generación? Su silencio es un silencio flagrante, lleno de complicidad y cobardía. Su silencio pone de relieve, no sólo la sumisión al tirano y a sus hordas, sino la falsedad de una vocación creadora que sólo existía en razón directa del señoritismo que la fingía. Pero aquí, en este continente libre, deben alzarse voces que denuncien y condenen este nuevo crimen. La mía se dirige hoy, llena de indignación y de tristeza, a los poetas, a los escritores, a los artistas y amigos de toda América que tanto nos ayudaron durante los tres años de nuestra guerra de liberación nacional. La muerte de Miguel Hernández –producida con ensañamiento, con plena consciencia del grave daño que se cometía– es cien veces peor que cualquiera de los fusilamientos realizados en el régimen de Franco. Elevemos, por ello, nuestra protesta, llevándola de una punta a otra de América. ¿Hasta cuándo se va a tolerar a la España franquista el derramamiento sin tregua de sangre inocente, las persecuciones, las vejaciones, las torturas, el hambre, la burla y el dolor? ¿Hasta cuándo las democracias en guerra –en guerra contra el fascismo– van a seguir manteniendo relaciones con ese Estado perjuro, apoyado y dirigido por Hitler, y dándole su ayuda material, que en definitiva es ayuda prestada al Eje?[10].

Juan Rejano, quien se refiere en este artículo de 1942 a la obra poética de Miguel Hernández desde *Perito en lunas* a *Viento del pueblo*, lo valora positivamente como «tal vez», dice, «el poeta joven en quien cabía cifrar mayores esperanzas» de su generación. Y, aunque *Viento del pueblo* le parece «el libro más desigual de Miguel Hernández», también es cierto que constituyó, a su juicio, «un estímulo, un grito de aliento para los hombres que derramaban su sangre. Poesía honda y popular en el sentido más íntimo y virginal del vocablo»: su libro «más generoso, el de más arranque y autenticidad poética». Lógicamente, Rejano en 1942 desconocía tanto el *Cancionero y romancero de ausencias* como *El hombre acecha*, que no pudieron leerse hasta 1958 y 1960, respectivamente[11].

Un Miguel Hernández que, una vez producido el golpe militar fascista encabezado por el general Franco que inició la Guerra Civil española, a juicio de Rejano «cumplió su misión de poeta y de patriota: puso su pluma y su vida al servicio de la República». Porque no olvidemos nunca que la República no hizo la guerra sino que se la hicieron. Así, por «leal» al gobierno republicano surgido de las elecciones democráticas de febrero de 1936, Miguel Hernández, víctima de la feroz represión franquista, «habría de ser, de ahora en adelante, el símbolo de un pueblo que, encadenado, hambriento, hace perdurable su lucha contra la opresión extranjera y nacional, y espera de nosotros el aliento ejemplar».

Rejano denuncia en su artículo, como vemos, la feroz represión franquista contra los vencidos republicanos en el interior, contra los «insiliados» como Miguel Hernández. Unos vencidos en una guerra que Rejano interpreta como una segunda guerra de la Independencia, pues habla de una «patria invadida» por el fascismo internacional, muy especialmente por el nazismo alemán de Hitler. Y se refiere a la derrota republicana en 1939 como a «la ocupación total del territorio español por las tropas extranjeras», por lo cual se trata ahora de una «lucha contra la opresión extranjera y nacional».

Rejano valora a Miguel Hernández como un nuevo símbolo y, en efecto, de inmediato, tras su muerte en una cárcel franquista, vino a sumarse, como ya hemos dicho, a Federico García Lorca y a Antonio Machado para conformar el trágico «martirologio de poetas españoles», una trilogía de poetas republicanos y antifascistas, víctimas de la barbarie fascista, que el imaginario colectivo, tanto el de nuestro exilio republicano como el de nuestro insilio antifranquista, convirtió a partir de entonces –y hasta hoy– en símbolos

de la lucha por la reconquista de la libertad y de la democracia «contra la opresión extranjera y nacional». Una lucha para la cual el poeta militante Juan Rejano, fiel a la política de Unión Nacional defendida en esos años por el Partido Comunista de España, apelaba a la necesidad de que no se rechazasen «las ofertas de unidad de los republicanos», porque, en su opinión, «la sangre de incontables patriotas españoles bárbaramente sacrificados debiera haber borrado ya la sombra de los antagonismos, de las incomprensiones».

Pero, tras acusar a «los Vivancos, los Rosales, los Paneros» de complicidad y cobardía ante la muerte de Miguel Hernández, ¿qué podía hacer un poeta comunista como Rejano desde su exilio mexicano? Pues naturalmente, desde un país teóricamente «revolucionario» como México y en un «continente libre» como América, romper el silencio impuesto por el régimen franquista y alzar su voz, «llena de indignación y de tristeza», para denunciar y condenar «este nuevo crimen». Y, por supuesto, dirigir su grito «a los escritores, a los artistas y amigos de toda América que tanto nos ayudaron durante los tres años de nuestra guerra de liberación nacional» para apelar de nuevo a su solidaridad con el pueblo español, así como instar a los poetas, escritores y artistas de nuestro exilio republicano a que denunciasen este nuevo crimen franquista en sus respectivos países de acogida. Y vamos a comprobar a continuación cómo este grito desde México de Juan Rejano fue escuchado, de mar a mar, en su exilio argentino de Buenos Aires, por Rafael Alberti.

A mi modo de ver, el exilio republicano español en México fue muy probablemente el primero en conocer la noticia del fallecimiento de Miguel Hernández, que divulgó lógicamente al mundo entero. Así lo prueba un texto del poeta Rafael Alberti, también militante comunista como Miguel Hernández y como Juan Rejano, un artículo publicado el 11 de noviembre de 1942 por la revista *Crítica* de Buenos Aires cuyo conocimiento debo a Paula Simón[12] y que transcribo fragmentariamente:

> Hay que decirlo muy alto, gritarlo aquí, en esta América, a pleno pulmón, ya que en Europa con tanto estruendo y muerte no se oyen. La noticia nos ha venido con retardo, un retardo cobarde y significativo. Era demasiado grave y había que silenciarla. Pero callarse durante siete meses la muerte de un poeta conocido es difícil. Hay voces intranquilas que preguntan, voces de dentro y de fuera. Mas la verdad, al fin, se escapa de su encierro y vuela. Tanto que desde México nos ha llegado a la Argentina, habiendo ya iniciado su grito por todo el continente. Y nos viene de procedencia segura, de pluma que no miente, serena, amiga: «Miguel Hernández –el más ruda y naturalmente dotado de los jóvenes españoles– murió (lo han dejado morir el 28 de marzo) de una violenta tuberculosis pulmonar en el presidio de Alicante». Así, nada más, dándonos luego la carta otros detalles, que dejaremos para el fin de esta nota.
>
> [...] Y aquí, resumimos detalles de la carta que nos llega de México: «En el presidio de Ocaña fué [sic] atacado Miguel Hernández por unas fiebres tifoideas, logrando salvarse, pero quedando muy quebrantada su salud. Personas influyentes —desde luego, no aquellos poetitas que quisieron hacerlo de su grupo—, con el fin de que mejorara de clima, solicitaron y consiguieron que fuese trasladado a Alicante, declarándosele aquí, a poco de llegar a su nueva prisión, una violenta tuberculosis pulmonar, no reaccionando en los dos meses que le duró la enfermedad. Las privaciones y sufrimientos durante la guerra civil, sus dos años de presidio en Ocaña y su reciente tifoidea lo habían ya debilitado tanto que no pudo resistir el nuevo mal. El propio Miguel suplicó a esas mismas personas compasivas que solicitasen su traslado a un sanatorio que no fuese de prisiones, pero esta gestión no tuvo éxito. Cuando por orden superior iba a ser transferido a un sanatorio de presos, ya era tarde, pues el enfermo falleció el 28 de marzo».

Como se ve, un asesinato más, un nuevo crimen, a frío lento, calculado, odioso. Que los nombres de García Lorca, de Antonio Machado y ahora el suyo nos ayuden a comprobar una vez más nuestra razón.

Diez días después, Arturo Serrano Plaja se hacía eco también de la noticia de la muerte de Miguel Hernández y manifestaba su indignación ante lo que no dudaba en calificar como un nuevo asesinato cometido por el régimen franquista:

Ya lo sabéis: ha muerto. Vosotros, todos aquellos que leíais sus versos y gustábais de su voz fuerte y construida, llena de resonancias antiguas y de nuevas violencias varoniles, sabedlo, y sabed al mismo tiempo lo que es el fascismo.

En un calabozo, en una auténtica mazmorra de esa España entenebrecida y brutal, que brutalmente desgobierna la Falange Española, ha muerto un español más. Uno más por su sangre y por su nacimiento; uno, entre pocos, por la altura de su sensibilidad y el destino de que estaba dotada su palabra.

Y justamente esos títulos son los que le han valido su sentencia de muerte; porque, no lo dudéis, son esos, su calidad de español y su excepcional inteligencia de poeta, los que le han valido su sentencia de muerte –sentencia, no lo dudéis tampoco–. Que si una vez, al final de la guerra y al principio del franquismo, fue condenado a muerte, y luego, a petición de extranjeros amigos del generalísimo, «indultado» durante unos días, más tarde fue condenado, irrevocablemente, a esa muerte que ha tenido.

Porque éste de Miguel Hernández ha sido un verdadero caso de aquellos que decía Quevedo cuando se quejaba: «He visto muchos condenados a muerte, pero no condenados a morirse». Y «condena a morir» es esa de estar un hombre hambriento, enfermo, en un calabozo y no permitirle siquiera ese simulacro que suelen ser los sanatorios para presidiarios. «Ahí te pudras», habrán dicho los que ordenaron su inapelable prisión. Y así fue. Que nunca mejor que en esta ocasión, al abandono canalla, a la cruel indiferencia o a la deferencia de crueldad, pudo retratar mejor esa frase hecha: «Ahí te pudras».

Todo cuanto tenía Miguel Hernández para haber sido querido y respetado en un régimen que no fuera el de Franco –su hombría, su valor para luchar contra los traidores e invasores de su patria, su excepcional talento poético, su origen campesino–, todo se ha vuelto contra él, ante la tiranía del llamado caudillo, como verdadera prueba de culpabilidad. Que allí donde se gritó «¡Muera la inteligencia», justo es que de verdad muera, con muerte auténtica, sangrienta, todo aquel que inteligencia tenga; que allí donde para matar campesinos se llevaron moros y extranjeros, justo es que a quienes se opusieron a ellos con las armas en la mano se les deje pudrir en sórdidos calabozos; que allí donde se fusila y se encarcela a los campesinos que hambrientos pedían pan, justo es que a los hijos de campesinos y a los que junto a ellos lucharon se les procure atinadamente la muerte.

El rencor contra la inteligencia quedó clamorosamente de manifiesto con el asesinato de Federico García Lorca; mas, pese al horror que aquel asesinato levantó en todo el mundo civilizado, aún ahora no se ha saciado aquel rencor y encono, y este asesinato nuevo de Miguel Hernández es una nueva prueba de ello. Nadie, en el azul régimen franquista, trata de ocultarlo, aunque de vez en cuando aparecen esas señales de vergonzante temor, como ahora ha sucedido, que tras de siete meses de haber ocurrido la muerte, nada, oficialmente, se había sabido de ella de no haberse conocido por otro camino. Una ola de silencio, una cortina de humo de hipocresía había envuelto el cadáver hasta ahora. Y aún ahora mismo, en Buenos Aires, cuando alguien intentó hacer una gestión con Aunós para hacer algo cerca del poeta que se suponía encar-

celado, pero no muerto, parece que este representante del franquismo se limitó a contestar farisaicamente que «si en la cárcel estaba, por algo estaría».

Esa mezcla de hipocresía y crueldad, de salvajismo y cobardía es la que actualmente gobierna a España. ¿Aún ha de durar mucho? ¿Habrán los españoles de soportar esa plaga durante mucho tiempo? ¿Qué sería de España?[13].

Desde México a Buenos Aires, «de una punta a otra de América», desde Juan Rejano hasta Rafael Alberti, la noticia de la muerte de Miguel Hernández en una cárcel franquista, llegada con «un retardo cobarde y significativo» en palabras de Alberti[14], conmocionó obviamente en 1942 a todo el exilio republicano español. Así, mientras Europa era entonces el trágico teatro de la Segunda Guerra Mundial y Francia estaba ocupada militarmente por el invasor nazi, un grito colectivo de indignación, entre la impotencia y la rabia, recorrió todo el continente americano y el exilio republicano español tuvo que denunciar, en palabras de Alberti, «un asesinato más, un nuevo crimen, a frío lento, calculado, odioso» por parte del régimen franquista. Un asesinato más, una evidencia más de la cruel represión franquista contra los vencidos republicanos «insiliados», una nueva prueba de la razón de la fuerza fascista, de que en 1939 no había llegado a España la paz sino la Victoria, es decir, la muerte o las cárceles para los vencidos. Pero también ese asesinato de Miguel Hernández quería Rafael Alberti que sirviera como ayuda para «comprobar una vez más nuestra razón», aunque la fuerza de la razón republicana hubiese sido derrotada por la razón de la fuerza fascista y hubiera que asumir, entre la impotencia y la esperanza aún viva en una victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, la amarga realidad de que las guerras las ganan las armas y no las letras. Porque 1939 significaba en España la Victoria de la razón de la fuerza fascista contra la fuerza de la razón republicana.

Sirva como nuevo ejemplo de esta honda conmoción la nota anónima que, a modo de introducción a un poema de Francisco Giner de los Ríos sobre Miguel Hernández, publicó en noviembre-diciembre de aquel mismo año 1942 la revista mexicana *Cuadernos Americanos*, testimonio de la dura acusación política que merecieron los responsables de la misma:

Miguel Hernández, joven poeta español, murió, hoy se sabe, en una cárcel franquista. Luchador republicano, como sus hermanos los creadores todos, fue condenado a muerte en cuanto terminó la mal llamada guerra civil. Sin embargo, la intervención de una elevadísima autoridad eclesiástica –no española- logró que Miguel Hernández fuera libertado a los pocos días[15].

Por corto tiempo. Lo que dejó escapar la mano derecha fue aprehendido sin tardanza por la siniestra. Y para evitar nuevas intervenciones fue esta vez condenado a cadena perpetua, «solamente».

En el presidio de Ocaña, Miguel Hernández padeció a fines del año pasado una fiebre tifoidea que la fortaleza de su organismo logró vencer. Gracias, según parece, a la recomendación de la Embajada de Chile, fue posteriormente trasladado a la cárcel de Alicante. Mas debido al desgaste causado en su naturaleza por las penalidades sufridas primero durante la guerra, luego en presidio, y sobre todo a la falta de tratamiento adecuado, Miguel Hernández fue víctima de una violenta tuberculosis. Nuevamente la Embajada de Chile —que una vez más se ha hecho acreedora a la gratitud de los españoles bien nacidos— solicitó que Miguel Hernández fuera trasladado a un sanatorio. De este modo intentaba salvar la vida del poeta joven que, por representar más auténticamente que ningún otro la elocuencia lírica del verdadero pueblo español, permitía cifrar en su porvenir particulares esperanzas. No se le hizo caso. La enfermedad protegida por los metódicos carceleros, pudo, pues, cebarse a su sabor en

aquel organismo antes robusto, hasta consumar el 28 de marzo el estrago apetecido. Los que dieron muerte a Federico García Lorca han podido ante el cadáver de Miguel Hernández, nueva edición del poeta asesinado, alzar las manos diciendo: «Conste que no hemos sido nosotros...»

En vano. La alevosía oficialmente controlada con que se ha procurado la muerte de Miguel Hernández vuelve a condenar, con mayor severidad que nunca, a los asesinos de García Lorca. Monstruosa situación política que, ufanándose de una mentida hispanidad, así extermina a los más puros representantes del verbo español: sus poetas[16].

*Cuadernos Americanos* elogia la actitud solidaria de la embajada de Chile en Madrid[17], califica a Miguel Hernández como un «luchador republicano», como el «poeta joven que, por representar más auténticamente que ningún otro la elocuencia lírica del verdadero pueblo español, permitía cifrar en su porvenir particulares esperanzas», y condena sin ambages al régimen franquista por una «monstruosa situación política que, ufanándose de una mentida hispanidad, así extermina a los más puros representantes del verbo español: sus poetas».

Por su parte, el periódico mexicano *El Nacional* publicó el 29 de noviembre de 1942 el poema «Miguel Hernández...» de Francisco Giner de los Ríos, escrito bajo el impacto emocional de la noticia de su muerte y que constituye un canto a la esperanza, a ese «Dejadme la esperanza» que es el lema de nuestro actual Congreso:

MIGUEL HERNÁNDEZ

...Y siento más tu muerte que mi vida.

(M. H.)

A estos cielos que escuchan hoy tu nombre
entre la angustia de mis labios lento,
a estos campos que tú hubieras alzado
hasta el milagro de tu voz abierta
para amarlos, cantarlos y entregarlos,
a esta tarde redonda de hermosura,
quiero, Miguel, venir con tu memoria.
Aquí te siento bien; tengo tu pulso
y aguardo con la luz tus ojos tristes.
Olvido, con tu nombre y tu presencia
clavados dulcemente en el recuerdo,
tu tremendo dolor y tu agonía
para encontrarte fresco sobre el agua,
limpio sobre el silencio de los campos
y en la luz y el poema compañero.

Te llevo por el campo, dolorido
mi pecho de tu ausencia y tu llamada,
y no puedo pensarte terminado,
tus limpios ojos quietos para siempre.
Tierno y duro pastor del otro día
soñando por las huertas de Orihuela
una luz incesante y manadora
que te anegaba el corazón insigne;
alegrando el color del Manzanares

con tu blanca camisa, tus abarcas
y un ardor contenido de Levante;
cantando entre los tiros del Jara
la canción española de la guerra.

No has muerto, que te han muerto entre unos muros
asesinando el vuelo de tus pájaros,
la voz de tu garganta amordazando,
derribada hermosura sin remedio,
irremediable muerte a la palabra
tan lejos de mi sangre y de mi aliento.
Aguárdame, Miguel, en nuestra tierra,
en la quietud forzosa de tus labios,
en la clara verdad de tu silencio
que hace temblar tu cielo con promesas
de una canción bajando hasta los hombres.
¡Que su turbia conciencia se deshaga
con tu sangre indeleble, con tu rayo!
Y de albas y de auroras nos incendie
la pasión de tu carne ya cumplida.

Como te alza hoy mi pecho a la ternura
y a la honda memoria que te guardo,
quiera la tierra nuestra, que sembraste
con la dulce semilla de tu nombre,
cumplir con la mañana su jornada
y subirte algún día hasta su gloria.
Miguel de hierba, fuego y alma sólo,
tú empujas con tu sangre y con tu ejemplo
el limpio amanecer de la esperanza.

*Teotihuacán y México, 18 de octubre*[18]

Y en esa misma página publicaba *El Nacional* un artículo de Antonio Sánchez Barbudo, redactor de *Hora de España* y firmante también de la ponencia colectiva en julio de 1937, que constituía su particular homenaje al poeta–mártir:

MIGUEL HERNÁNDEZ

Miguel Hernández era alto, huesudo y recio. Sus grandes manazas campesinas y su cabeza redonda y terrosa le daban el aspecto de un seco fruto extraído directamente del suelo. En sus ojos vivos y en el pasmo de su figura toda, se revelaban sus silencios de antaño, sus cabras y colinas, sus siestas, músicas y olvidos de cuando fue pastor. Pero algo vigilaba en él: si su cuerpo era inerte, el brillo de una oculta y apasionada llama hacían comprender, tan sólo viéndole, que estábamos ante un poeta, ante un gran poeta.

Cuando llegó a Madrid, hacia 1932 si no recordamos mal, corrió la voz de que se trataba de un «fenómeno», de un joven pastor venido directamente del campo después de dejar el hato, que hacía versos como los poetas del siglo XVII. Y algo de esto era cierto. Su facilidad para versificar sus imitaciones de Lope, Góngora o Calderón –y algo que no era mimetismo sino aroma auténtico de campo, lirismo popular que había bebido en la pura fuente de donde brota–, hacían de él un caso extraordinario. Fue el tiempo de *El labrador de más aire*, cuyo título es ya claramente lopesco, y del auto, publicado en *Cruz y Raya* en 1934, *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de*

*lo que eras*. Por esa fecha comenzó a ser fuerte en él la influencia de Pablo Neruda, que se hallaba entonces en Madrid, y comenzó también su poesía de carácter social, de excelente calidad sentida entrañablemente. Luego llegó la guerra, y Miguel Hernández se convierte en el poeta más popular entre los soldados y campesinos. Estos poemas de la guerra, algunos de los cuales reproducimos aquí, son a nuestro juicio de los mejores suyos.

Una noticia llegada recientemente ha confirmado de un modo absoluto los rumores que corrían sobre su horrible muerte. Miguel Hernández ha muerto, humillado y maltratado, tuberculoso, en una cárcel levantina, en su tierra natal.

Este doloroso fin, esta larga agonía, se respira en muchos de sus poemas, incluso en aquellos en que más gallardamente, con más brío y esplendor cantaba a la juventud, el esfuerzo, la esperanza. Por eso su voz tenía un acento tan desgarrador y su llamada era tan imperiosa. Y es que en España –cosa que algunos aún parecen no ver–, se cantó a la esperanza con dolor, se cantó al porvenir en medio de una triste realidad, la vida soñada entre un acervo de muertos. Y el mundo no quiso oír. La fe de España, la de Miguel Hernández, no era la fe del deportista ni la del que confía en sus tanques, era la fe quijotesca, la unamunesca, la agónica, la fe en la fe: no el creer, sino el querer creer, y, sobre todo, el levantar en alto el brazo como si se elevara para sostener la bandera, el símbolo, el gesto; como si la fatiga y la muerte no carcomieran los músculos cansados, las vidas tronchadas tras una lucha desigual. Por eso en Miguel Hernández, que canta la locura quijotesca, la «locura ejemplar» como diría Antonio Machado, por debajo del arrebato de su canto campesino se advierte la fúnebre pesadilla de la derrota; y sobre esa angustia, pese a todo, pese a todos levantaba él su voz, su voz de entusiasmo que hablaba, en bellos versos, que parecían raíces arrancadas del suelo, la fe en la justicia, en la solidaridad humana... Hoy percibimos en ellos más claramente el triste presagio de su obscura y atormentada muerte, aunque aún suene elevando nuestro ánimo la esperanza que él cantó[19].

Sánchez Barbudo valora también al Miguel Hernández de *Viento del pueblo* como «el poeta más popular entre los soldados y campesinos», pero resalta el dolor y la angustia que expresaba también su voz poética al incitar a la esperanza en la victoria, porque la fe de Miguel Hernández «no era la fe del deportista ni la del que confía en sus tanques, era la fe quijotesca, la unamunesca, la agónica, la fe en la fe: no el creer, sino el querer creer». En cualquier caso, el exiliado Sánchez Barbudo concluye su texto con un fulgor de esperanza al asumir que aún suena «elevando nuestro ánimo la esperanza que él cantó».

Y de nuevo, de *El Nacional* mexicano a *De Mar a Mar*, «revista literaria mensual» editada en Buenos Aires en la que constaban como «secretarios» Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela, en cuyo número inicial de diciembre de 1942 puede leerse el anónimo texto siguiente:

MIGUEL HERNÁNDEZ

Miguel Hernández ha muerto en los calabozos de un presidio de Alicante. Enfermo, no le han dejado curarse; sin culpas, ha muerto sentenciado.

Si estas solas palabras señalan, significan y acusan, no se busque la causa en una supuesta mala intención por nuestra parte, sino en la sola fuerza de los hechos. En la sola y auténtica fuerza de la sangre.

La muerte de Miguel Hernández, como antes la de Federico García Lorca y la de Antonio Machado, no incumbe únicamente –aunque puede dolerles más– a los españoles acogidos en América, sino que afecta a todos los hombres. No se trata de ningún «pleito interno», de «una cuestión española» o cualquier ambigüedad de aquellas

> que tan caras paga hoy el mundo entero. La muerte de Miguel Hernández es otro testimonio siniestro que acusa rotundamente a quienes amenazan no ya la dignidad del pensamiento sino el pensamiento mismo.
>
> *De Mar a Mar* publica hoy estos sonetos de *El rayo que no cesa*, en señal de homenaje al poeta y devoción a su recuerdo[20].

Por último, para concluir la reconstrucción documental sobre el impacto emocional y político de la noticia de la muerte de Miguel Hernández en 1942 entre nuestro exilio republicano español, recordemos un fragmento de una carta de Pedro Salinas a Jorge Guillén, fechada en Baltimore el 12 de diciembre de 1942:

> ¡Pobre Miguel Hernández! Otro caso de esos en que uno ha tenido que dar por muerto y resucitar luego a una persona, para acabar en lo peor. Todo idiota, idiota. ¿Por qué había de morir ese muchacho, noblote y generoso, en una cárcel, cruelmente ayudado a morir, por no decir asesinado, por sus prójimos? Te diré que si el franquismo durante la guerra se me hizo odioso más se me está haciendo en la paz. Porque desaparecido el consabido «calor del combate», ahora ya la persistencia en esa política persecutoria y vindicativa, es fría infamia, mala entraña, nada más. Y ese mequetrefe que se titula el general cristiano, aún anda cortejado y halagado por unos y por otros estos meses[21].

Salinas, desde su exilio norteamericano, condena en esta carta con rotunda claridad la feroz represión franquista de la posguerra («te diré que si el franquismo durante la guerra se me hizo odioso más se me está haciendo en la paz»), una represión debida a que no había llegado en realidad la paz sino la Victoria, pero realiza también una alusión a Miguel Hernández como «otro caso de esos en que uno ha tenido que dar por muerto y resucitar luego a una persona», lo que nos obliga a aclarar el «caso». Porque, «en julio de 1939 y mientras Miguel Hernández sigue encerrado en Torrijos, se puso en circulación, no se sabe si por error o por interés, la noticia de su muerte»[22]. Así, Alejo Carpentier publicó en la revista cubana *Carteles* un artículo que iniciaba con la noticia de que «Miguel Hernández, el gran poeta campesino español, fue fusilado el jueves 20 [de julio] en Madrid, por sentencia de un consejo de guerra»[23]. Inmediatamente, y conmocionados por la falsa información, «la Unión de Escritores y Artistas de Cuba celebró el 19 de agosto un acto cultural como homenaje póstumo al poeta, en el que participaron Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Eugenio Florit, la viuda de Pablo de la Torriente y el propio Manuel Altolaguirre»[24]. Al parecer, los asistentes a este homenaje cubano pudieron escuchar la voz de Miguel Hernández recitando el poema «Canción del esposo soldado» según una grabación realizada en París por Alejo Carpentier en 1937, que el propio autor de *La consagración de la primavera* explicaba con estas palabras:

> Al saber que Miguel (a quien había conocido en Madrid bajo las bombas del año anterior) estaba en París, lo invité a que grabara un disco. Era la primera vez que el ex pastor de cabras veía un estudio consagrado a estos trabajos. Todo lo maravillaba (...)
>
> Por fin, Miguel se detuvo ante el micrófono. Se encendieron las luces rojas. Se encendieron las azules. Y el poeta comenzó a declamar, con su voz maravillosa y su acento aldeano, las estrofas de la Novia del soldado... Este disco no se llegó a editar. Pero conservo el original, único ejemplar, junto a mis papeles más preciados. Trataré de hacer algunas copias de él, que regalaré a los que fueron amigos del poeta[25].

Manuel Altolaguirre, quien en 1936 ya había editado en Madrid sus sonetos de *El rayo que no cesa*, escribió un artículo en la revista cubana *Espuela de Plata* en que afir-

maba que «el crimen de su fusilamiento es la mayor cobardía de esta guerra»[26]. Pero, además, publicó en su habanera editorial La Verónica trece poemas con el título de *Sino sangriento y otros poemas de Miguel Hernández*, libro en cuyo colofón consta la fecha del 30 de agosto de 1939, precedida por la breve nota siguiente:

> Antes de la guerra española Miguel Hernández publicó *Sino sangriento*, poema al que le ha dado la razón y la pasión el tiempo, esta vez con prisa, tan joven el poeta, tan vil la espada loca y homicida. Aquí está su palabra, su queja, yo la repito mil veces con su recuerdo en cada golpe de la máquina, teniéndole presente (hombre niño del pueblo) así. No puedo olvidar que le hice un libro en vida[27].

Pero estos testimonios individuales, desde México a Buenos Aires, del impacto emocional y político de la muerte en una cárcel franquista del poeta Miguel Hernández se tradujeron pronto en la necesidad colectiva por parte de nuestro exilio republicano de homenajear al poeta mártir. Por ello, con motivo de su muerte, en la inmensa mayoría de los países de acogida se sucedieron los homenajes al poeta por parte de los exiliados republicanos españoles. Y, en este sentido, los años 1942 y 1943 fueron obviamente los más importantes[28].

Quiero acabar con la memoria de dos poemas escritos por el exiliado Antonio Aparicio en homenaje a su amigo Miguel Hernández, con quien compartió intensas experiencias durante la Guerra Civil. El primero se titula «No cesará tu rayo que no cesa» y está dedicado «a la muerte de Miguel Hernández», un poema elegíaco en que el poeta sevillano afirma con convicción su esperanza de que la voz poética del autor de *El rayo que no cesa* no podrán callarla nunca sus verdugos, porque «muerto tu corazón aún tiene cera / para cantar la nueva primavera»:

NO CESARÁ TU RAYO QUE NO CESA

*(A la muerte de Miguel Hernández)*

Llora el Guadalquivir con voz de ira
hiriendo con sus manos sus riberas,
solloza el dulce Tajo mientras mira
amarillas de espanto hasta las eras;
el Duero pensativo,
entre álamos dolientes,
se siente con razón triste y cautivo
y lleva al mar su pena desolada.
Ojos de duelo, cenicientas frentes
vagan sobre la España amortajada.
La flor de los pastores,
aquel pastor que era un canto llano,
aquella flor de flores,
aquella franca mano,
yace ya con su sangre derramada,
«antes de tiempo y casi en flor cortada».

Ciego en una prisión de cal y canto,
su corazón cubierto de cadenas,
y sin más compañero que su canto,
y sin más compañería que sus penas,
fijo en las negras redes
que clavaban su suerte,

dejó escrito en su celda, en sus paredes,
su «Me voy con la Muerte»,
su «Adiós mis compañeros, mis amigos;
despedidme del sol y de los trigos».

Soldado fue cuando sobre la tierra
de España inauguraron los cañones
esta que aún nos persigue, fiera guerra.
Era como un león entre leones.
Sembraba en los soldados,
cantando en la trinchera,
estrofas de pasión y de alegría,
iluminaba pechos quebrantados,
y ante su vista era
valor lo que antes fuera cobardía.

Estar junto a la mano y a la sombra
de aquel leal soldado,
de aquel varón hermano de la alondra,
de aquel pastor pariente del arado,
era estar a la vera
de un Ebro de valor y sentimiento,
de una azul primavera
que hallara su raíz y su contento
en una subterránea galería
cuyo mero contacto enardecía.

Eran sus dulces ojos tristes lagos
con la pasión del corazón escrita,
y era su alma una sonora cueva
rota en desalentada estalactita.
Cada día tenía una pena nueva,
tenía cada día
una nueva alegría
y en cada amanecer nuevos estragos.
Y así iba atravesando entre pesares,
como la luna va entre los olivos:
su corazón por nubes y por mares
y su pie caminando entre los vivos.

Dejaba tras su paso florecido
de canciones el suelo,
bajo un cielo que en fuego se trocaba.
Crecía en un instante,
despertaba en un vuelo,
allí donde él pisaba,
la fe con sus nidales,
la flor de la esperanza cautivante;
ardían los zarzales
crecidos en la umbría del desaliento,
y los firmes fusiles
mirando su ardimiento
se hacían bajo sus ojos más viriles.

De prisión en prisión fueron dejando
pedazos de su vida,
y el caudal de su sangre derramando
por una abierta y cultivada herida.
La agonía lo cercaba, le ponía
un sitio a cada hora,
un cerco a su airada fortaleza,
y al final, cuando al fin la luz nacía,
triunfante entró la muerte en su cabeza,
el silencio en su pecho,
el aire por sus venas.
Sobre un haz de crispadas azucenas
cayó al final Miguel, muerto y deshecho.

Un día te buscaremos Miguel mío,
las losas de tu cárcel levantando
hasta dar con tus huesos vencedores.
No ganó el hierro frío
de tus ejecutores
esta lucha que hoy vamos librando.
Tendrá tu corazón, tendrán tus sienes
un huerto de descanso,
tendrás la paz que muerto aún no tienes
el día que España vuelva a su remanso.

No cesará tu rayo que no cesa,
no callarán tu voz, tu melodía
de temblorosa flauta ensangrentada.
No podrá destruirte la pavesa,
no podrá enmudecerte la agonía,
no podrán contra ti nadie ni nada.
Espéranos, espera,
yacente prisionero, camarada,
muerto tu corazón aún tiene cera
para cantar la nueva primavera[29].

Finalmente, como conclusión, quisiera vincular ese «Dejadme la esperanza» hernandiano que es el lema de nuestro Congreso con un segundo poema de Antonio Aparicio, un poema breve pero muy intenso en que el poeta sevillano afirma que Miguel Hernández fue un poeta «asesinado», pero que sigue «vivo entre nosotros» porque su obra, como la de todo gran escritor, pervive en la memoria colectiva. Y, obviamente, este Congreso Internacional es una prueba contundente de que Miguel Hernández murió pero sigue vivo entre nosotros, porque la calidad de su obra literaria constituye la mejor garantía de que no es ni será víctima del olvido, la segunda y definitiva muerte:

EL POETA ASESINADO

Esta tarde trigal cuyo horizonte
cerca un mar encendido,
era tuya.
Esta desesperada serranía
que divide el hambre de Castilla

del hambre secular de Andalucía,
tuya sería, Miguel.

Este huerto nocturno
donde el naranjo desposa a las estrellas,
tuya sería, Miguel, ay, si vivieras.

Te lo usurparon todo,
la tarde, el huerto, la serranía, la vida,
sin dejarte siquiera
donde caerte muerto.
Por eso sigues vivo entre nosotros[30].

## NOTAS

1.– Por obvias limitaciones de espacio tengo que reducir mi texto presente al primer acto, aunque invito al lector interesado en los otros tres a leer mi trabajo, complementario del actual, en el dossier sobre Miguel Hernández y el exilio republicano de 1939 que va a publicar en breve la revista *Laberintos*, 12 (2010), en prensa.

2.– Eutimio Martín, «La militancia comunista de Miguel Hernández», *Ínsula*, 544 (abril de 1992), pp. 5–7. Y también mi estudio sobre «Miguel Hernández: ética y estética del comunismo», en AA. VV., *Miguel Hernández: tradiciones y vanguardias*, Serge Salaün y Javier Pérez Bazo (eds.), Alicante, Instituto Juan Gil–Albert, 1996, pp. 145–162.

3.– He escrito contra el concepto de «exilio interior» y he argumentado esta necesidad de diferenciar, en nombre del rigor conceptual, entre «exilio» e «insilio» en mi trabajo sobre «Los conceptos de "exilio" y "exilio interior"», en AA.VV, *El exilio: debate para la historia y la cultura*, José Ángel Ascunce (ed.), San Sebastián, Editorial Saturraran, 2008, pp. 47–61.

4.– Sobre el tema puede verse el libro de Eutimio Martín, *El oficio de poeta. Miguel Hernández* (Madrid, Aguilar, 2010, pp. 499–512 y 549–551). Y también la biografía escrita por José Luis Ferris sobre *Miguel Hernández. Pasión, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2010, especialmente pp. 461–559.

5.– «Según le contó Hernández a Pérez Álvarez, no se quedó en la Embajada porque Morla no pudo asegurarle que los franquistas la respetarían» (Eutimio Martín, *op. cit.*, p. 505). Por su parte, José Luis Ferris afirma que Carlos Morla Lynch realizó «su último intento de convencer a Hernández a través de Antonio Aparicio para que se beneficiara del asilo diplomático» (*op. cit.*, pp. 461–462), aunque el poeta prefirió regresar el 9 de marzo de 1939 al pueblo alicantino de Cox junto a su familia.

6.– Eutimio Martín, *op. cit.*, p. 577.

7.– Miguel Hernández, *Prosas. Correspondencia*, tomo III de sus *Obras completas*, ed. Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa–Calpe, 1992, p. 2548. Por su parte, Jacinto–Luis Guereña, quien reproduce también esta carta, apostilla: «Esta carta, tan emocionante en su desnuda realidad, en la angustiosa situación del poeta, en una de las cárceles madrileñas que conociera (¿en la plaza del Conde de Toreno?, ¿en Torrijos?) sirve para demostrar y corroborar que Miguel tuvo la intención de marcharse de España. Por lo menos, así fue en aquel entonces, cuando se avecinaba el verano. ¿Era tiempo aún para lograrlo? ¿Moviéronse a tiempo todas las influencias amigas? Sea lo que sea, la carta es un testimonio y un importante dato "histórico" para la trayectoria entonces amarga del poeta. Ha sido publicada en la edición de *Obras completas*, Losada, Buenos Aires, 1960», Jacinto–Luis Guereña, *Miguel Hernández*, Barcelona, Ediciones Destino, Destinolibro–206, 1983, p. 206.

8.– Puede leerse íntegramente esta muy lúcida y valiosa ponencia, firmada también por Miguel Hernández, en Manuel Aznar Soler, *Materiales documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*, Sada–A Coruña, Ediciós do Castro, 2009, pp. 173–183.

9.– Arturo Serrano Plaja, «Las bibliotecas muertas (Y cuatro años en las cárceles de España)», *España Republicana*, 631 (7 de marzo de 1942), pp. 3–4. Debo el conocimiento de este texto al profesor José Ramón

López, autor de un excelente estudio sobre *Vanguardia, revolución y exilio: la poesía de Arturo Serrano Plaja*, Valencia, Pre–Textos, 2008.

10.–Juan Rejano, «Martirologio de poetas españoles. Miguel Hernández», *El Nacional*, México (27 de octubre de 1942), pp. 3–4. Alberto Enríquez Perea, quien no transcribe este texto de Rejano, lo valora como «un trabajo comprensivo de la obra hernandiana» en su «Introducción» a *Una voz de España en México: Miguel Hernández*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea; ed. y prólogo de Aitor L. Larrabide, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, Biblioteca Hernandiana, Documentos 5, 2007, p. 40, nota 24.

11.–No olvidemos que desde 1939 no se había publicado ninguna edición de la obra poética de Miguel Hernández, y que en 1942 apareció en Buenos Aires la segunda edición de *El rayo que no cesa* (primera: Madrid, Editorial Héroe, 1936), prologada por Rafael Alberti y publicada por la editorial De Mar a Mar en su colección Rama de Oro. Y recordemos por otra parte que la primera edición de *El hombre acecha*, impresa en Valencia por la Tipografía Moderna, no pudo ser distribuida en 1939, aunque la editorial Losada –que en 1960 publicó sus *Obras completas*– editó en 1963 el *Cancionero y romancero de ausencias*, *Otros poemas* y *El hombre acecha*. Sin embargo, hasta 1981 y gracias a que José María de Cossío conservaba un ejemplar, no pudo realizarse una edición facsímil de este libro hernandiano (Santander, Diputación Provincial, Institución Cultural de Cantabria, Ediciones de la Casona de Tudanca, 1981, nota editorial de Rafael Gómez, estudio previo y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, dibujo de cubierta de Eduardo Sanz). Además, la primera edición del *Cancionero y romancero de ausencias*, con prólogo de Elvio Romero, no se publicó hasta el año 1958, también en Buenos Aires, por la editorial Lautaro en su colección El Pan y la Estrella. Y, finalmente, la primera edición de *Los hijos de la piedra* fue publicada también en Buenos Aires por la editorial Quetzal en 1959.

12.–Paula Simón, «El recuerdo de Miguel Hernández en el exilio argentino: textos recobrados», *Laberintos*, 12 (2010), en prensa.

13.–Arturo Serrano Plaja, «Miguel Hernández», *España Republicana*, Buenos Aires, 668 (21 de noviembre de 1942), p. 6. Debo también el conocimiento de este texto al profesor José Ramón López.

14.–Rafael Alberti, «Una Nueva Víctima del Franquismo: el Poeta Miguel Hernández», *Crítica*, Buenos Aires (2 de noviembre de 1942), p. 10. El propio Alberti es autor del prólogo («Miguel de tierra y de raíz», posteriormente recogido, con el título de «Imagen primera y definitiva de Miguel Hernández» en su libro *Imagen primera de... (1940–1944)*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1945) y de un epílogo biográfico sin título a la segunda edición de *El rayo que no cesa y otros poemas (1934-1936)*, cubierta y retrato de Gori Muñoz (Buenos Aires, Editorial Schapire, colección Rama de Oro, 1942). Afirma aquí que, «no habiendo tenido la suerte de salir al terminar la guerra», es decir, al no haber podido exiliarse, «al acabarse la guerra española, Miguel fue detenido y condenado a muerte por el solo crimen de haber sido leal a su pueblo, poeta y soldado de su causa» (*op. cit.*, pp. 117–118). Alberti, que en 1942 no conocía, lógicamente, ni *El hombre acecha* ni *Cancionero y romancero de ausencias*, califica a *El rayo que no cesa* como un «verdadero rayo deslumbrador, revelador, de poeta nativo, sabio», y a los versos de *Viento del pueblo* como «versos de encontronazo y empujón, de dentellada y gritos suplicantes, rabia, llanto, ternura, delicadeza», versos de una guerra a la que «debió Miguel Hernández el entero descubrimiento de sí mismo, la completa iluminación de su entraña nativa, verdadera, arrancándose al fin con su *Viento del pueblo* un aplastante alud de cosas épicas y líricas» (cito por la edición de *Imagen primera de...* Madrid, Ediciones Turner, 1975, p. 92).

15.–Se trata del cardenal francés Alfred Baudrillart, según documenta Eutimio Martín (*op. cit.*, pp. 569–572). Por su entusiasta adhesión al régimen de Vichy y por su actitud colaboracionista con el nazismo, Eutimio Martín le llama el «Pétain de la Iglesia católica» francesa (*op. cit.*, p. 571).

16.–*Cuadernos Americanos*, 6 (noviembre–diciembre de 1942), p. 178. El poema de Francisco Giner de los Ríos, fechado en «Teotihuacán y México, 18 de octubre», se titula «Miguel Hernández» y se publicó en *op. cit.*, pp. 179–180.

17.–Jesucristo Riquelme ha editado facsimilarmente los treinta números de *Luna* (Madrid–México–Buenos Aires, Edaf, 2000), revista «confeccionada en la noche del 26 al 27 de noviembre de 1939» cuyo último número fue editado en la noche del 16 al 17 de junio de 1940. El propio Riquelme es autor de un extenso y valioso estudio introductorio a tan insólita revista, titulado «Chile y España en el corazón: memoria consciente» (*op. cit.*, pp. 3–60), de la cual fueron redactores, entre otros refugiados en la embajada de Chile en Madrid, el poeta Antonio Aparicio, el novelista Pablo de la Fuente y el escenógrafo Santiago Ontañón.

18.–Francisco Giner de los Ríos, «Miguel Hernández», en *La rama viva y otros poemas. Antología, España 1932–1938/México 1939-1966. Litoral,* 172-173 (1987), pp. 117–118.

19.–Antonio Sánchez Barbudo, «Miguel Hernández», *El Nacional*, México (29 de noviembre de 1942), p. 2. Los poemas de guerra de Miguel Hernández que se reproducen en esta misma página son «Recoged esta voz» y «Llamo a la juventud», página que se completa con la transcripción del editorial de *Cuadernos Americanos* antes citado.

20.–*De Mar a Mar*, Buenos Aires, 1 (diciembre de 1942), p. 7.

21.–Pedro Salinas/Jorge Guillén, *Correspondencia (1923–1951)*, ed., introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets Editores, 1992, p. 297.

22.–César Moreno, *Apuntes para el retrato de una amistad*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2005, p. s/n (p. 14).

23.–*Carteles*, La Habana (6 de agosto de 1939), p. 36; *apud.*, César Moreno, *op. cit.*, p. s/n (p. 15).

24.–César Moreno, *op. cit.*, p. s/n (p. 15).

25.–Alejo Carpentier, *op. cit.* Y César Moreno apostilla: «Efectivamente, y según cuenta Antonio Ruiz del Árbol, en los años 80 y entre los documentos que llegaron a la sede central del PCE, apareció una cinta procedente del Archivo Histórico de Radio España Independiente. En ella, y precedida de unas palabras de Juan Rejano, se pudo escuchar la voz de Miguel Hernández» (*op. cit.*, p. s/n –p. 15–).

26.–Manuel Altolaguirre, «Noticia sobre Miguel Hernández», *Espuela de Plata*, La Habana, número 1 marcado con la letra A (agosto–septiembre de 1939), pp. 13–14; reproducido en *Obras completas*, tomo I (*El caballo griego. Crónicas y artículos. Estudios literarios. Reseñas de libros. Notas diversas*), de James Valender (ed.), Madrid, Ediciones Istmo, colección Bella Bellatrix, 1986, pp. 409–410.

27.–*Apud.*, César Moreno, *op. cit.*, p. s/n (p. 18). Existe una reedición reciente de este libro con el título de *Sino sangriento y otros poemas de Miguel Hernández*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2009, con un «Prólogo» del propio César Moreno (*op. cit.*, pp. 5–11).

28.–Remito al lector interesado a «Algunos homenajes a Miguel Hernández en el exilio republicano español de 1942–1943», mi colaboración en el catálogo colectivo *Miguel Hernández. La sombra vencida, 1910–2010*, I, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010, , pp. 125–137, José Carlos Rovira (ed.), que ha sido el comisario de la exposición inaugurada en la Biblioteca Nacional de Madrid. Esta colaboración es una versión muy abreviada de mi artículo ya antes mencionado que ha de ver la luz en *Laberintos*, 12 (2010), en prensa, artículo que prolonga y complementa el presente trabajo.

29.–Antonio Aparicio, «No cesará tu rayo que no cesa», en *Fábula del pez y la estrella*, Buenos Aires, Editorial Losada, Poetas de España y América –«colección dirigida por Amado Alonso y Guillermo de Torre»–, 1946, pp. 121–127.

30.–Antonio Aparicio, «El poeta asesinado», en *Ardiendo en ira*, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 102.